razonable escribano, le vistió su amo de un vestido de seda, con calza entera como entonces se usaba, y cuando vino su hermano de Valladolid le halló á Martín muy metido en palacio y con pocas ganas ó ningunas de pasar adelante con los estudios. Sabiendo esto el P. Martín Escudero, de la Compañía, que era Religioso de muchas partes y natural de Navarra, lo redujo con mucha suavidad, y su hermano le vistió de estudiante y le tuvo en su compañía cerca de cuatro años, dándole todo lo que había menester; en este tiempo dió en tener oración de recogimiento y hacer actos de humildad y mortificación, con edificación de muchos y en particular de los Religiosos de la Compañía, que lo notaban, diciendo que los maestros de las clases afirmaban que hacía tales actos de humildad, que excedían á los que podían hacer los novicios en el tiempo de su probación. Un día de los tres de Carnestolendas asistió toda la mañana delante del Santísimo Sacramento; y como los oficios en tales días se acaban tarde, vino á comer después de la una; y su hermano, riñéndole con cólera, como le diese una bofetada, él, con mucha modestia y humildad, muy encendido el rostro de vergüenza, le dijo: «Señor, ¿en qué le ofendí á vd. para que así me tratase?» y como un cordero bajó las escaleras abajo y se volvió á la Compañía, sin comer, y se estuvo delante del Santísimo Sacramento hasta que le encerraron, con harta edificación de su hermano y dolor de haberle dado la bofetada.

«Después de haber acabado de estudiar la Gramática y Retórica, le envió su hermano á Alcalá de Henares, donde oyó dos cursos de Artes, y al principio del tercero se entró en la Compañía de Jesús y le trajeron á tener el noviciado á Madrid, y á los diez meses de su noviciado le llevó el P. Nicolás de Arnaya á las Indias para la misión de Sinaloa, sin que hubiese habido en el dicho Martín la más mínima repugnancia, sino que diciéndole si quería ir á las Indias decir que sí y ponerse á caballo, todo fué uno, como lo afirmó muchas veces el dicho P. Nicolás de Arnaya.» (Hasta aquí la relación de su hermano, que por última cláusula añadió): «Lo que hizo y padeció después en obra de veinte años en aquella misión hasta que murió, que habrá ocho ó nueve años, los Padres de la Compañía lo sabrán mejor que yo; sólo me resta por decir que cosa de dos años antes que muriese me escribió la última carta, y en ella me decía que le parecía que había de vivir poco, como ello sucedió, alentándome mucho al padecer, exhortándome á que no recibiese pena de no salir con aquellas cosas ó pretensiones que en un momento se habían de acabar, que procurase la vida eterna y con perfección siguiese la virtud y la santidad, porque ella no impedía la riqueza; pero que la riqueza podía impedir la santidad. Esto es lo que se me ofrece que decir á vuestra paternidad, á quien Dios guarde, etc.—*Juan de Azpilcueta.*»

Bien dirá con los principios de la vida de este apostólico varón, la relación que ahora se seguirá del muy religioso Padre y evangélico misionero Lorenzo de Cárdenas, que en las misiones de Sinaloa se ha empleado con grande fruto en doctrinar por muchos años aquellas naciones y tuvo por compañero al P. de Azpilcueta, y á quien trató con muy íntima y espiritual comunicación, razones por las cuales me pareció poner aquí la relación que de las virtudes de este santo varón escribió y en la forma que él la escribió, que por ser digna de todo crédito la pondremos aquí.

CAPITULO VI.

Relación del P. Lorenzo de Cárdenas; de algunos puntos de edificación notados en la religiosa vida del P. Martín de Azpilcueta; de su amor para con Dios.

«Comenzando por el principio y fin de toda la perfección, que es el amor de Dios, digo que por espacio de estos cuatro años que comuniqué al P. Martín, advertí en él un estudio continuo por alcanzar esta virtud con toda la mayor perfección que le era posible; no solamente con sus pensamientos y deseos significados por sus palabras, sino también y mucho más con sus obras, procurándolas hacer puramente por amor de Dios, y mientras más difíciles daba mayores muestras de este amor; y así, solía prorrumpir diciendo: «dichosas obras que tan abonado testigo tienen; Vos lo sois, Señor y Dios mío, de que el único fin de ellas sois Vos, etc.»

«De este amor de Dios brotaban los ansiosos deseos que tenía de su muerte; y así, por espacio de estos cuatro años, le oí decir muchas veces que deseaba sumamente morirse, solamente por evitar ofensas de Nuestro Señor, por mínimas que fuesen. Era señal del divino amor que deseaba lo que le oí decir algunas veces, diciendo que en tanto le agradaba algún libro en cuanto trataba del amor de Dios, por lo cual, cogiendo alguno entre manos, lo primero que hacía era leer el índice, buscando los puntos en que se trataba del divino amor; y así, en prueba de esto, jamás dejaba de las manos el librito de Oro que últimamente nos vino, del P. Juan Eusebio, del amor de Jesús; del cual librito decía que el propio título que se le había de haber dado era Brasero del Amor de Jesús, pues no tiene palabra que no sea una brasa encendida de amor divino. Estando una vez los dos sentados á la orilla de un arroyo, me dió el dichoso librito del Amor de Jesús para que leyese en voz alta (porque á él le impedía esto los continuos dolores de cabeza que padecía) el primer capítulo que saliese, y abriendo yo el librito acertó á ser el capítulo veinticinco, en que se pide á Jesús su amor, cuya leyenda le inflamó tanto, que parece le quería reventar el pecho; y así, levantándose de donde estaba, me cogió el libro de las manos diciendo (al modo de San Francisco Javier): *Satis est, Pater mihi, satis est.* Y dejándome allí se entró solo por la alameda adentro, donde no pudiéndole sufrir el corazón (sin reparar en sus dolores de cabeza) prosiguió leyendo el mismo capítulo tan voz en cuello y con tanto afecto, que con estar yo distante á la orilla del agua (más helado que ella), me encendía oyéndole distante.

«Para fomentar este amor divino, era muy leido en la exposición del P. Cornelio sobre las epístolas de San Pablo; y tenía tan de memoria todos los puntos en que el santo Apóstol trata del amor de Jesucristo Nuestro Redentor, que todas sus pláticas y conversaciones sustentaba con las ampliaciones tan de fuego con que el buen P. Cornelio expone los puntos del amor de Jesucristo, enfervorizándose tan-

to, que me solía decir que más fruto sentía su alma en una conversación espiritual y de Dios, que en la oración.

«De este amor divino nacía el celo tan grande que tenía de la honra de Dios, sintiendo muy en lo vivo de su corazón las ofensas contra la Divina Majestad, usando de todos los medios posibles para evitarlas, oponiéndose con notable ánimo y celo santo al mismo demonio, que mediante sus ministros usurpaba la gloria debida al Señor y dueño de ella.

«Una vez supo cómo unos indios, feligreses suyos, de los más principales y recién convertidos á nuestra santa fe, retenían y conservaban en un bosque, fuera del pueblo, un cierto sepulcro en forma de altar (en el cual, como si fuesen todavía gentiles), proseguían haciendo sus antiguas supersticiones, ofreciendo varias ofertas á unos huesos antiquísimos de uno que había sido hechicero, á quien veneraban como á una cosa divina, creyendo que del tal les venía el beneficio de la pluvia. Pidióme el Padre un día que le acompañase en esta romería, y sin declarar sus intentos á los indios, de propósito llevó consigo á todos los cofrades y devotos de aquel santuario sancarrónico, adonde así como llegamos comenzó el buen Padre á predicarles (desde la mula que servía de púlpito), afeándoles por una parte aquellas abominaciones y por otra persuadiéndoles á que nuestro Dios era el verdadero Señor de las pluvias y de todo lo criado; y esto con tanta energía y eficacia, que no pudiendo sufrir más dilación, diciendo y haciendo se apeó con presteza, á coces derribó y deshizo el sepulcro, y sacando el Padre (como quien estaba todo hecho fuego) un eslabón y pedernal que llevaba, pegó fuego á toda la osamenta y ruinas del mahomético sepulcro, y mientras se convertía en cenizas preparó una Cruz alta que luego plantó en aquel lugar para santificarlo, y postrándonos todos al pie de la santa Cruz, rezamos con los recién bautizados el Credo en alta voz, y porque *diligentibus Deum omnia cooperant in bonum*, fué Nuestro Señor servido de que resultase de este fervoroso hecho del Padre tan buen efecto, que los neófitos se enmendaron de suerte que jamás han vuelto á semejantes supersticiones.

«No fué pequeña señal del amor de Dios que procuraba, la respuesta que una vez me dió, porque diciéndole yo le tenía gran compasión por los continuos dolores de cabeza que padecía, porque le impedirían para la oración, me respondió: «la verdadera oración es amor de Dios, y padecer por su amor; y pues con estos mis dolores de cabeza puedo estar amando á mi Dios, padeciéndolos por su amor, y conformándome con su santísima voluntad que quiere que los padezca, supuesto esto, no me aflijo con este impedimento, y más siendo involuntario.»

Su amor con los prójimos.

«Sería casi proceso *in infinitum* querer apuntar todas las muestras que ví en el buen P. Martín del grande amor con que ardía su pecho por la salvación de las almas, habiendo sido éste el principal fin que le trajo de España á las Indias, donde después de haber acabado su noviciado le pusieron, por falta de salud, en el Colegio de Pátzcuaro, para ver si la mudanza del temple le sería más saludable; y aunque estaba allí con título de enfermo y convaleciente, con todo eso, por el

deseo grande que tenía de ayudar á la salvación de los indios, aprendió la lengua tarasca hasta saber catequizar, saliendo algunas veces entre año acompañando á los Padres operarios de indios de aquel Colegio, cooperando de su parte, en cuanto podía, á la salvación de las almas, catequizando y enseñando con notable fervor la doctrina cristiana, por los pueblos, á los indios de aquella nación. Y después de haberse ordenado de Sacerdote, por parecerle que en aquel Colegio de Pátzcuaro, para su fervoroso espíritu, *mesis quidem erat parca, operaris autem multi*, pidió á la santa Obediencia el pasar á estas misiones de Sinaloa, donde después de haber aprendido con eminencia otra lengua con todo cuidado, con menoscabo de su salud corporal, por la espiritual de las almas en que se ocupó por espacio de ocho años, administrando algunos partidos con tan grande edificación y vigilancia en su oficio de misionero, que se echaba muy bien de ver el celo grande que tenía de la salvación de las almas, por el grande fruto que se veía en las de sus feligreses.

«Aunque tenía en los antiguos partidos que administraba, bastante y aun sobrada mies, respecto de su flaca salud, con todo eso, porque tenía un espíritu imitador del de San Javier, fervoroso, le parecía que era poca, y por esta causa no paró hasta alcanzar de los Superiores con grande instancia y perseverancia en ella, que le enviasen á la conversión de la nueva misión, donde al presente estaba doctrinando con tanto fervor, como si fuese nuevo misionero; y con tanto cuidado y aplicación, que parecían sus feligreses bautizados de muchos años, según los tenía de bien enseñados é instruidos en los misterios de nuestra santa fe.

«De este amor espiritual que tenía á los prójimos, procedía el celo con que ardía su pecho por la salvación de los demás gentiles vecinos á su partido, para cuyo fin no se pueden explicar las diligencias tan extraordinarias y eficaces que hizo para alcanzar se diese nueva doctrina á las demás naciones de gentiles que restan. Escribiendo muchas veces no solamente á todos los Superiores mediatos é inmediatos, y á otros muchos Padres celosos de la salvación de los gentiles, sino también á algunos personajes seculares de poder y cabida con los Virreyes y Gobernadores para que la procurasen negociar con los Virreyes, informando á unos y á otros de la infinidad de nuevas naciones de gentiles que se descubrían hacia el Norte, confinando con las del Nuevo México.

«De esta caridad nacían los extremos grandes de sentimiento que hacía el buen Padre, lamentándose por las dificultades que se ofrecían contra sus gloriosos mandamientos; y por habérsele escrito que uno de los impedimentos era la penuria tan extrema de toda esta tierra, en la cual si se hallasen algunas minas, para recompensar en parte los inmensos gastos de la casa real en sustentar á tantos ministros del santo Evangelio, se facilitaría el conceder nuevas doctrinas, hizo por esta causa exquisitas diligencias, mediante los nuevos bautizados y gentiles, para que hallasen algunos metales: solamente por tan santo fin é intento, de que por este medio se abriese alguna puerta y entrase el santo bautismo en tantas naciones de gentiles, que perecen sin remedio.

«Efecto era de este santo celo, que ya que no podía entrar á bautizar á los demás gentiles sus vecinos, los enviaba á llamar algunas veces al

año á su partido, donde les hacía varias exhortaciones á bien vivir, explicándoles siempre los novísimos y las obligaciones que tienen según la ley natural etc.; y de esta continuación, afabilidad y cariño, con que el Padre los trataba, cogía los frutos que intentaba: el primero, era ganar á cuantos gentiles pudiese, como de facto ganó á algunos, que saliendo de su tierra con toda su familia, se avecindaron y bautizaron en su partido; el segundo, era el disminuir los vicios de los gentiles, en los cuales se veía notable mudanza. Porque aunque no dejaban totalmente sus vicios, pero ya no se daban tan desenfrenadamente á ellos, como á las borracheras, á tener muchas mujeres, y á homicidios de unas naciones entre sí, y á otros vicios abominables y propios de gentiles; el tercer fruto era el aficionarlos á nuestra santa fe y disponerlos al bautismo para ponerles deseos de él, como lo tienen, pidiéndole con instancia al Padre. Cuando se veía en su partido rodeado muchas veces de infinidad de gentiles que salían á verle, solía exclamar diciendo: «¡Oh, quién tuviera aquí presentes á todos mis carísimos Padres de Europa, á aquellos, digo, á quienes Nuestro Señor ha hecho tan singular favor de darles vocación de misiones y celo de la salvación de estos miserables gentiles redimidos con la sangre de Nuestro Redentor! ¡Oh, qué bien que tendrían con quien emplear los filos de sus fervores en tan abundante mies!»

«Una vez le envió un gentil (distante dos jornadas de su partido) una embajada con dos hijos suyos, diciendo que aunque nunca le había venido á ver por su decrepitud, pero que era tanto lo que había oido decir á los demás gentiles sus parientes cuando volvían de haber visto al Padre, contándole cosas nuevas, que él jamás había oido tocantes á este mundo visible, á la otra vida y á la religión de los cristianos, que le había puesto deseos del Bautismo; y que así, se lo pedía con instancia, rogándole fuese con brevedad á bautizarlo porque estaba ya muy al cabo de su vida, etc.» El buen Padre, ya que no pudo ir en persona (por no pasar como verdadero obediente de los límites que la santa obediencia le había puesto), envió á un indio que tenía bien instruido en la Doctrina Cristiana y diestro en catequizar en los misterios de nuestra santa fe; y porque los gentiles se mueven tanto con aparatos exteriores, para que hiciesen mayor estima del fin á que era enviado el catequista, le hizo ir el Padre en su mula con acompañamiento de otra mucha gente de á caballo, todos indios bautizados, los cuales, llegados á casa del viejo gentil, hizo el catequista su oficio instruyéndolo brevemente según la enfermedad dió lugar, y después de haberlo bautizado fué Nuestro Señor servido de llevárselo dando prendas de su salvación, de la cual me decía después el buen Padre que había sentido su alma tan gran júbilo espiritual, que quisiera primero haber pasado cien mares llenos de peligros por sola la salvación de aquella alma, porque aunque una vez que lo pasó de España á las Indias había padecido tan grande tormenta y peligro de la vida, todo esto le parecía poco y no equivalente al consuelo grande que el Señor le había dado á sentir por las prendas ciertas que tenía de la salvación de aquel indio, del cual hizo el Padre información entre los gentiles, y averiguó que aquel viejo había vivido siempre bien según la ley natural, no habiendo tenido en toda su vida más que una sola mujer, sin emborracharse jamás ni haber muerto á nadie; por lo cual no acababa el Padre de admirarse y alabar la Divina Providen-

cia, premiando á aquel gentil con tan particulares trazas y espera de tantos años hasta que recibiese el agua del santo Bautismo.

«Del celo grande que tenía de la salvación de las almas, procedía lo que solía decir: «que daba gracias al Señor de que le hubiese cortado el hilo de sus estudios mediante la santa obediencia por causa de sus achaques, porque con este atajo había alcanzado más en breve el fin que le trajo de España de emplearse en la salvación de los gentiles, que no si hubiera proseguido sus estudios, por los grados é intersticios largos en que se detienen los Hermanos estudiantes antes de llegar al sacerdocio.

«Advertí que este celo que tenía por el bien del prójimo no era limitado por solamente la salvación de los gentiles, sino que era general, procurando también ayudar á las almas de todos cuantos trataba y conversaba; y así procuraba también la salvación de los soldados de esta Provincia con quienes trataba, haciéndose todo á todos, y (como otro santo Javier) soldado con ellos y amigo de todos, con tanta prudencia y discreción, que ni excedía los límites religiosos ni les era enfadoso, ganándoles de esta suerte primero las voluntades, para con más suavidad desarraigar de sus almas los vicios; y así me consta que con esta traza hicieron muchos soldados confesiones generales de muchos años con el Padre, en todo el tiempo que en varias partes de esta Provincia los trató y comunicó; y cuando en el partido que ahora administraba tuvo en dos veces á diez y seis soldados de escolta, los ganó tanto con sus santas conversaciones y amonestaciones, que les hizo á todos confesar generalmente y comulgar, haciendo en ellos tanto fruto, que se vió notable enmienda en los juramentos y en otros vicios propios de soldados. De la caridad con que acudía á las necesidades espirituales de las almas procedía la mucha que tenía para socorrer á sus prójimos en las exteriores que padecían, siendo el común refugio de todos cuantos se valían de él, así de los nuestros como de sus feligreses; cuando le venía de México empleada la limosna que le cabía del Rey, solía pedir licencia á los Superiores para socorrer con los géneros que le venían á los demás Padres sus vecinos, enviándoles la memoria, para que según ella viesen los géneros que hubiesen menester.

«En todos los partidos que administró fué siempre el Padre de los pobres, huérfanos y enfermos, de los cuales tenía hecha la lista para socorrerles en todas necesidades, repartiéndoles con grande caridad no solamente lo que le venía de México, vistiéndolos, sino también de todos los bastimentos que tenía en casa, de que hacía gran provisión (como otro José) para socorrer á los pobres en tiempo de hambre; y así acudían á él con grande confianza, como hijos á su padre, el cual me solía decir que siempre que algún pobre le pedía limosna se le representaba muy al vivo aquel que la pidió á su San Martín; y decía que siempre daba gracias al Señor porque le enviaba pobres á casa, teniendo éste por mayor beneficio y misericordia que recibía del mismo Señor, que la que él hacía á los pobres, en cuyas personas reconocía siempre con gran veneración la de Cristo Nuestro Señor.

De su humildad.

«Advertí en el buen P. Martín que era verdadero humilde de corazón, y que andaba siempre con particular estudio en todas sus acciones, por fundarse bien en este fundamento de todas las virtudes. Y así, en todos los años que le comuniqué no me acuerdo haberle oido jamás ni una palabra que redundase de ella alguna alabanza propia, pretendiendo siempre en todas sus obras se diese la gloria al Señor. De todo se seguía el encogerse y avergonzarse tanto (y aun ofenderse) cuando se le decía alguna palabra de alabanza, aunque fuese burlando y aunque se la dijese algún indio, mostraba disgusto positivo por haberle alabado; de esta verdadera humildad nacía el reconocerse por menos que los otros, mirándolos á todos como á mayores y superiores, para cuya prueba pudiera referir varios ejemplos; pero uno basta para confirmación de ellos.

«Estando una vez conversando con dos Padres, el uno de ellos, que era nuevo misionero, en una palabra que habló (en la lengua que aprendía) cometió un yerro en la gramática, y aunque el P. Martín lo advirtió, pero disimuló; después, estando á solas, le dijo el otro Padre: «¿por qué vuestra reverencia no corrigió aquel yerro, siquiera porque el Padre nuevo saliese de él y hablase con propiedad en la lengua?» Y respondióle el Padre Martín: «no me atreví á corregirle, así por vuestra reverencia, que estando presente podía también haberle enmendado, como por el Padre nuevo, que por serlo, y aún no haberle tratado mucho tiempo, no sé cómo llevaría la corrección (que de suyo lastima), aunque en cosa leve;» donde también se echa de ver su gran prudencia y su mucha humildad; siendo verdad que el P. Martín era nuestro maestro, y el que hizo el Arte Vocabulario, Catecismo, y traducido toda la Doctrina Cristiana en esta nueva lengua; y todo cuanto hay escrito de ella se debe á la industria y trabajos del buen Padre, sin haber tenido él otros papeles ni otro maestro más que un indio intérprete, al cual (por el celo grande que tenía el Padre de la salvación de estos gentiles, y para ayudarles desde luego que entrase á ellos), sacó de otro partido y lo tuvo en el suyo antiguo por espacio de seis meses antes de entrar á esta nueva misión, aprendiendo de él los rudimentos de la Gramática de la lengua que por acá corre, que es omnímodo diversa de la que el Padre sabía.

«Preguntándole yo una vez que me dijese (amicabiliter) qué grado de parentesco tenía con nuestro santo Padre Javier, porque había oido decir le era deudo cercano, me respondió (con un semblante vergonzoso, como encogido y humilde) diciendo: «por ese título particular me siento por una parte tan obligado (y más que ninguno de toda la Compañía) á la perfecta imitación de nuestro santo Javier, y por otra me hallo (por mi tibieza) tan lejos de imitarle, que me es causa de perpetua confusión en mi alma, etc.» En la cual respuesta se echa de ver su grande humildad, pues no quiso explicar claramente lo honroso, sino antes confesó lo que le podía causar confusión; siendo verdad que no le era menos cercano en el espíritu que lo era en la sangre, por la línea materna de ambos, que eran de la casa ilustre de los Azpilcuetas de Navarra, y por otras sus fervorosas obras y espíritu javierno que tenía, prueban claramente cuán deveras procuró imitar al

Santo. Por esta su grande humildad solía decir que para mayor confusión suya traía siempre en las manos el librito de Oro del P. Juan Eusebio, considerando que habiendo sido ambos connovicios, había salido él del horno del noviciado, hecho un carbón helado y el P. Eusebio hecho una brasa encendida, como lo mostraba aquel su braserito que había compuesto.

«De esta su grande humildad procedía el desengaño verdadero que tenía de las vanidades del mundo; de tal suerte, que oirle hablar un rato del digno desprecio de ellas, era oir un capítulo de *Contemptus mundi;* y por esta causa sentía con tanto extremo cualesquiera señales que veía en algunos Religiosos, con olor de vanidad y resabios de mundo.

«A este propósito solía decir un discurso (propio de un hombre espiritual y discursivo como lo era el Padre); decía que en ninguna ocupación en que se ejercitan los ministerios de nuestra Compañía se echan mejor de ver los naturales de los sujetos y los grados de perfección que cada uno ha alcanzado, que en las misiones, mejor que en los Colegios, donde los sujetos, con la clausura y observancia religiosa, no tienen tan urgentes ocasiones para descubrir sus pasiones ó ejercitar las virtudes que han alcanzado, teniéndolas casi especulativamente. Pero en las misiones, como por una parte no se vive en clausura colegial sino en libertad parcial, estando cada misionero de por sí, y por otra parte se les ofrecen infinitas ocasiones no solamente para ejercitarse en todas las virtudes, sino también para ejecutar las pasiones viciosas que estaban como amortecidas en los Colegios; por esta causa, viviendo los sujetos rodeados de tan urgentes ocasiones, fácilmente se echaba de ver si el que en los Colegios parecía hombre espiritual, humilde y paciente, pobre, casto y obediente, era con solidez en las virtudes ó solamente confusión y apariencia de ellas, sin poderlo encubrir por mucho tiempo.

«Por su humildad solía decir que deseaba morir entre los indios y desamparado de todo socorro humano (como el santo Javier murió en las islas de San Choan), por excusar de dar cuidado en algún Colegio al Superior y enfermero con su enfermedad y medicinas; y por poco se le cumplieran sus deseos, si un mes antes de su muerte no le hubiera mandado el Superior se recogiera al Colegio, donde murió.

De su pureza y castidad.

«No quedará encarecida sino muy bien significada la vigilancia con que el buen P. Martín guardó esta santa virtud: con decir, en suma, que la procuró alcanzar con la perfección que nuestra Regla manda, procurando imitar la puridad angélica con la limpieza de cuerpo y mente, procediendo siempre en todas sus acciones con tal recato y circunspección y con tanta gravedad y seriedad religiosa, que todas sus costumbres olían á pureza y castidad angelical, por cuyo amor solía decir, que aunque era loable la afabilidad, pero que gustaba más de la seriedad, porque ésta era más propia de la castidad.

Su religiosa pobreza.

«Fué notable la afición grande que el P. Martín tuvo siempre á la santa pobreza (como en fin, madre de la Religión); y así la procuraba